



PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL

EL EFECTO FRANKENSTEIN

ELIA BARCELÓ

edebé

ELIA BARCELÓ

EL EFECTO FRANKENSTEIN

**PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL**



ELIA BARCELÓ

EL EFECTO FRANKENSTEIN

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL



ELIA BARCELÓ

EL EFECTO FRANKENSTEIN

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA JUVENIL



0

Abrió los ojos a una penumbra donde una brillante luz anaranjada pintaba rayas en la pared al atravesar una persiana entreabierta. No sabía dónde estaba y por un momento sintió que se ahogaba, asustado, porque no reconocía el techo de la habitación ni nada de lo que había a su alrededor.

Volvió a cerrar los ojos. A veces pasaban cosas así y en unos segundos todo caía de nuevo en su lugar y las cosas se aclaraban por sí solas. Los abrió otra vez, despacio, como dándole a su cerebro una oportunidad de ponerse en marcha y ofrecerle la respuesta que buscaba.

Nada. Seguía sin saber dónde estaba y por qué se había despertado allí al anochecer. ¿Habría bebido demasiado la noche anterior y algún compañero le habría ofrecido quedarse en su casa?

Se incorporó de golpe y quedó sentado en la cama con una opresión en el pecho que, si no era terror, se le parecía mucho. No recordaba nada de la noche anterior. Nada. Su mente era un agujero negro, un desierto, un vacío total.

Miró a su alrededor, perplejo: había estado tumbado en una especie de colchón asqueroso, lleno de manchas viejas cuyo origen prefería no conocer, y la habitación que lo rodeaba estaba en ruinas; las paredes desconchadas, el marco de la ventana comido por la carcoma, el vidrio roto en varios lugares como si le hubiesen estado tirando piedras durante años, el suelo lleno de escombros, de papeles de colores que ya casi no podía distinguir porque la luminosidad naranja había ido decreciendo y las sombras se amontonaban en los rincones de aquella casa en ruinas.

¿Qué podía haberle pasado para despertarse allí? ¿Habría sufrido una agresión? ¿Lo habría atacado una banda de ladrones y lo habrían dejado tirado allí, dándolo por muer-

to?

Se tocó la cabeza con cuidado. Le dolía un poco, pero era un vulgar dolor de cabeza, no parecía que hubiese contusiones craneanas. Se subió las mangas de la camisa para mirarse los brazos y, en la penumbra azul, no distinguió manchas de sangre ni arañazos o hematomas. Las piernas tampoco le dolían.

Se puso las palmas de las manos sobre el pecho y, a través de la tela, notó una especie de costurones en varios lugares; pero no sintió nada al presionarlos, ni dolor, ni quemazón, ni ningún tipo de molestia. Quizá fuera otra prenda de ropa que llevaba debajo y estaba remendada o cruzada por costuras gruesas.

Pensó en quitarse la camisa y mirar, pero ya estaba casi totalmente oscuro y hacía frío, de modo que decidió salir de allí, ir a su casa y, en cuanto se sintiera a salvo en su habitación, encender una lámpara, pedir agua para un baño, desnudarse y hacer una exploración detallada de su cuerpo.

Volver a su habitación. Volver a su casa.

¿Dónde vivía?

Otra vez el agujero negro.

Se pasó la lengua por los labios resecos, por los dientes (comprobó con alivio que estaban todos, no había mellas), se tocó las mejillas pinchosas, notando que debía de llevar un par de días sin afeitarse.

No recordaba dónde vivía.

Se cogió la muñeca izquierda entre el índice y el pulgar derechos buscando el pulso, que, como esperaba, estaba muy acelerado. Tenía que salir de allí, aunque no supiera adónde iba. Necesitaba ejercicio, actividad, para no volverse loco.

Se puso en pie y salió de la habitación, tanteando las paredes, como un ciego reciente. El plano de la casa no le resultaba desconocido, pero no conseguía relacionarlo con nada. Bajó las escaleras con cuidado; aquellos peldaños de madera que crujían bajo su peso no le inspiraban mucha confianza, pero no había otra manera de llegar a la planta

baja y, de ahí, al exterior.

Cruzando un cuarto en ruinas que en otros tiempos pudo haber sido una cocina, consiguió por fin salir al aire libre, y el vientecillo, aunque frío, le resultó tonificante. Ya era casi de noche, pero el cielo conservaba, a poniente, un hermoso tono anaranjado con vetas carmesí y el juego de colores se reflejaba en el Danubio, que en aquel punto, frente a la casa, se remansaba un poco.

Desde algún lugar cercano le llegaban retazos de música y de conversaciones y risas, como el eco de una fiesta. Giró la cabeza hacia arriba al oír una campanada y un nombre apareció en su mente: la catedral de Nuestra Señora la Bella.

Algo se relajó en su interior al repetir el nombre para sí mismo. Si sabía ponerle nombre a la iglesia y al río de su ciudad, sabría también dónde se encontraba; no tenía más que seguir buscando en su memoria.

Y a lo mejor, con suerte, incluso llegaría a saber quién era él. Porque lo que no había querido todavía confesarse a sí mismo era que no recordaba su propio nombre, que, al menos de momento, ignoraba quién era.

1

N ora caminaba a largos pasos por la calle paralela a la orilla del río tropezándose con las malditas faldas largas del disfraz de carnaval. Tendría que haberse vestido de algo más cómodo, pero Sarah le había prestado aquel vestido de dama del siglo dieciocho con bolsito, peluca y todo, y se había dejado convencer, aunque ella siempre se había disfrazado de vampira, de bruja y de cosas similares.

Ni siquiera sabía si hacía bien yendo a una fiesta donde no conocía prácticamente a nadie, pero llevaba ya unos meses en Ingolstadt y, entre las clases, los primeros test, el acostumbrarse a comprar, guisar y hacerlo todo sola, y las dificultades para relacionarse con gente de otra mentalidad, no había conseguido aún hacerse un círculo de amigos. Así que, cuando Sarah la había invitado a aquella fiesta e incluso le había prestado el vestido, había aceptado enseguida. Lo tonto era que no había podido llegar antes porque había tenido que cuidar de Marie durante dos horas, ya que sus padres hubieron de ir a una reunión de la guardería que habían elegido para cuando la peque tuviese la edad de empezar. No había podido decirles que no, y ahora trataba de encontrar el lugar donde se celebraba la fiesta.

Paró un instante para recuperar el aliento y echar un vistazo al GPS de su móvil. Supuestamente debía de estar cerquísima ya. Se ajustó la peluca sobre las orejas y ya iba a ponerse otra vez en marcha, cuando un grito desesperado la dejó clavada en el sitio, mirando a todas partes para localizar la fuente del sonido.

—¡Socorroooo! —gritaba una voz de mujer—. ¡Socorroooo! ¡Que alguien me ayude! ¡Mi nieta se ahoga! ¡Socorrooo!

Levantándose las faldas casi hasta la cintura, echó a co-

rrer hacia donde le parecía que estaba la mujer, y un par de segundos más tarde la había localizado, a la orilla del río, metida en el agua hasta las rodillas, tendiendo los brazos hacia un bulto que flotaba, alejándose de ella.

Por suerte, en aquella zona la corriente no era tan fuerte como en otros lugares. Se arrancó la peluca blanca con sus lazos y sus mariposas, se sacó el vestido por la cabeza, sin molestarse en abrirse la cremallera, y se tiró al agua sin pensar en lo fría que podía estar.

Estaba helada.

Su primer impulso fue salir inmediatamente y secarse con lo que fuera. Pero los gritos de la niña y su abuela la estimulaban, y ella era buena nadadora.

Se dejó llevar por la corriente, dando potentes brazadas que la acercaban cada vez más a la pequeña hasta que consiguió alcanzarla y sujetarla. La niña se le agarró como un monito y a punto estuvo de arrastrarla al fondo con sus patadas y sus brazos que le estrechaban la garganta, casi ahogándola. Trató de acomodársela de manera que no pudiera dificultar sus movimientos, pero al girarse para poner a la niña de espaldas contra su pecho, un obstáculo en el caudal del río chocó fuertemente con ellas y las separó otra vez. Una rama que flotaba a la deriva, le pareció.

Volvió a nadar con furia hacia el centro de la corriente, consiguió aferrar el anorak de la pequeña y atraerla hacia sí, pero esta vez ya no hubo patadas ni brazos enroscándose en su garganta. O había perdido el conocimiento, o algo peor.

Por un momento, abrazando a la niña, se dejó arrastrar sin más. El frío del agua era tan intenso que empezaba a sentir todo el cuerpo adormecido, agarrotado. Le costaba nadar y notaba como el calor de su cuerpo iba desapareciendo por la cabeza, por el pelo mojado, que cada vez se ponía más frío.

A la altura del puente, donde la corriente se estrellaba contra uno de los pilares, una ola les pasó por encima, sumergiéndolas por unos instantes, y Nora pensó que se había acabado, que no lo conseguiría. En ese momento, otros

brazos surgidos de la oscuridad la ayudaron a flotar y a dirigirse hacia la orilla con su carga inmóvil.

Cuando por fin tocaron tierra, se dejaron caer en el barro, agotados, jadeando por el esfuerzo, pero aliviados y contentos de haber salido con bien de aquello. La abuela se acercaba corriendo, murmurando agradecimientos entre lágrimas, con un móvil encendido en la mano.

—¡Llame a la ambulancia! —gritó Nora.

—¿Está bien? ¿Está bien Tini?

Las farolas se habían encendido ya y, a su luz perlada, Nora vio que la niña estaba quieta, con los ojos cerrados, tumbada de espaldas como una muñeca abandonada en la orilla. Debía de tener unos tres años.

El chico que las había ayudado la miraba, desolado. Sus ojos se cruzaron durante unos segundos mientras oían a la mujer hablar por teléfono, dar la dirección y explicar lo que había sucedido.

Nora fue la primera en reaccionar: se arrodilló al lado de la pequeña inmóvil, la puso de lado tratando de que vomitara el agua que había tragado, le inclinó la cabeza hacia atrás, le abrió la boca, metió el dedo dentro para asegurarse de que no hubiese alguna hierba en el interior, le pinzó la nariz y, acto seguido, poniendo su boca contra la de la niña, empezó a hacerle la respiración artificial mientras el chico preguntaba en voz baja, casi más para sí mismo que para las que lo escuchaban: «Pero ¿qué hace? ¿Qué está haciendo? La niña ha muerto, no tiene pulso. No hay nada que hacer».

Nora se apartó para inspirar de nuevo, comprendió lo que había dicho el muchacho, y empezó con el masaje cardíaco. Treinta compresiones, dos insuflaciones, treinta compresiones, dos insuflaciones..., ritmo rápido, una vez, otra vez, otra vez, sin detenerse un momento, sin dejar de contar.

Unos minutos más tarde, apareció la ambulancia. Todo se llenó de luces azules giratorias y aullidos de sirena.

—¿Está viva? —preguntaba la abuela—. ¿Está viva?

Como en respuesta, la niña abrió los ojos y rompió a to-

ser, expulsando así el agua que había tragado. La abuela se abalanzó sobre ella, pero antes de que pudiese abrazarla, dos camilleros la recogieron, la metieron en el vehículo y, momentos después, todos habían desaparecido.

—¿Ha... resucitado? —preguntó el chico, mirándola anodado.

Nora sacudió la cabeza, se levantó y echó a andar en la dirección en la que debía de estar su ropa. Él la siguió. Por suerte, pensó, no había tenido que desnudarse del todo frente a aquel desconocido; debajo llevaba un *body* completo de pantalón largo que se había puesto para no pasar frío solo con el vestido tan fino.

—No, hombre, no estaba muerta —contestó, al notar lo importante que parecía ser para el muchacho—. Pero habría podido estarlo si la dejamos un poco más. ¡Pobre cría! ¿Cómo se le habrá ocurrido meterse en el agua, con este frío y casi de noche?

—Ha sido usted muy valiente —dijo él.

—Tú también. —Se giró a mirarlo al darse cuenta de que le había hablado de usted. ¿Qué clase de tipo raro era? Iba vestido como para hacer pareja con ella, con unas calzas con medias blancas y una camisa de mangas amplias y chorrera en el pecho. A lo mejor lo habían invitado a la misma fiesta—. Y... a todo esto..., gracias —añadió—. Si no hubiera sido por ti, nos habríamos ahogado las dos.

Habían llegado al lugar donde se había quitado el disfraz y, a pesar de que estaba empapada, se lo puso. Estaba muerta de frío, igual que él, que temblaba, aunque trataba de disimularlo.

Por fortuna, el móvil estaba en el bolsito que había tirado al suelo, y seguía funcionando. Llamó a un taxi diciendo que era muy urgente y, haciéndole gestos al chico para que la siguiera, salió a la calle paralela al río y se colocó debajo de una farola para que el taxista los viera nada más doblar la esquina.

—Nunca había visto una cosa así —dijo él, aún pasmado—. ¿Puede explicarme qué ha hecho, *Fräulein*? La niña no

tenía pulso, podría jurarlo sobre la Biblia.

«¡Pero qué raro habla este tipo!», pensó Nora antes de contestar:

—Le he hecho lo que haría cualquier socorrista: respiración artificial y masaje cardiorrespiratorio. Lo normal. Bueno, y hemos tenido suerte, claro. Anda, ven conmigo a casa. Tenemos que cambiarnos o pillaremos una pulmonía.

Nora le abrió la puerta del taxi y prácticamente lo empujó dentro. Enseguida se puso a explicarle al taxista por qué estaban mojados antes de que el hombre los echara de su vehículo y, aunque a regañadientes, como ya se habían sentado, acabó por llevarlos a donde querían ir.

En el corto trayecto, el chico lo miraba todo con ojos espantados, en silencio, mientras los temblores sacudían su cuerpo. Más que de frío, Nora tenía la sensación de que temblaba de nervios, o de miedo, y a ella le parecía muy extraño y misterioso. ¿Por qué iba a tener miedo, ahora que ya había pasado todo? ¿Sería el *shock*?

Él la observaba de reojo, sin saber qué pensar, sin saber dónde estaba, cada vez más angustiado. Se apearon en una de las callejuelas del centro, subieron una escalera empinada hasta el tercer piso, la joven abrió la puerta y de repente todo se llenó de luz.

Del techo colgaba una lámpara como él no había visto en la vida, sin llama y sin humo, que esparcía una claridad que casi hacía daño a la vista. Y en la casa se estaba tan caliente como si llevaran todo el día encendiendo fuego tras fuego.

Ella se quitó los zapatos, abrió una puerta, desapareció en la habitación y enseguida se empezó a oír ruido de agua corriente. Aquello era cada vez más extraño.

¡Un sueño! ¡Eso era! Un extrañísimo sueño del que pronto despertaría. Tenía que ser un sueño, porque todo sucedía en la ciudad donde estudiaba, pero nada era exactamente como en la vida real.

—Toma, sécate un poco —dijo la joven, tendiéndole un paño azul—. Me ducho en un momento y luego te toca a ti.

Empezó a frotarse el pelo mientras echaba ojeadas a lo que lo rodeaba: ropa colgada en percheros de pared, mu-

cho calzado raro..., femenino, a juzgar por el tamaño, y un par de zapatos quizá masculinos tirados por el suelo, una pila de libros en un rincón. ¿Sería aquella una casa donde solo vivían mujeres? ¿Y los zapatos de hombre? ¿Y cómo se atrevía aquella muchacha a dejar entrar a un desconocido? ¿Qué mejor prueba de que se trataba de un sueño que lo absurdo de la situación? Pero dentro de un sueño él nunca había notado con tanta claridad su ropa mojada, el frío de su cuerpo, el cansancio y el hambre que sentía en ese momento.

—¡Lista! ¡Para que luego digan que las mujeres somos lentas en el baño! A todo esto, me llamo Nora. Te toca a ti. ¿Prefieres ducha o bañera? —La joven se había puesto una bata blanca y una especie de turbante de color de rosa le cubría la melena mojada. Él trataba de no mirar, pero se le veían las piernas hasta las rodillas y no parecía darle ninguna vergüenza—. ¡Venga, ducha! —añadió, al ver que él no contestaba—. Se gasta menos agua y calienta igual. Mientras, voy poniendo un cacao, ¿te apetece? A lo mejor incluso queda algo de tarta.

Él asintió con la cabeza sin tener ni idea de qué le estaba preguntando, y entró en el pequeño cuarto de baño, el más pequeño que había visto en su vida, pero amueblado con objetos que no conocía. Exploró unos momentos, probó las manivelas que había dentro de la bañera y, al cabo de unos segundos, el agua caliente empezó a caerle encima. Se desnudó a toda prisa y, echando ojeadas constantes a la puerta, que no había cerrado por dentro porque no había conseguido descubrir el cerrojo, se dejó calentar por aquel maravilloso invento: un caudal de agua caliente que no parecía tener fin.

Sonaron unos golpes apresurados, se abrió la puerta y él cerró el agua y protegió su desnudez con las dos manos, muerto de vergüenza. Nunca hubiese creído posible esa desfachatez en una chica joven de clase acomodada.

—Perdona, se me había olvidado sacarte una toalla y un albornoz; siento que sea tan chillón —dijo ella, evitando mirarlo demasiado—. Aquí tienes. —Le tendía un gran paño,

esta vez amarillo, junto con una especie de bata de colorines—. Si quieres afeitarte, te he dejado ahí una maquinilla desechable nueva. Cuando acabes, la tiras. Te espero en mi cuarto. La puerta del fondo del pasillo. Y no tardes o se enfriará el cacao.

El baño estaba lleno de vapor, el espejo totalmente empañado. Se secó a toda prisa y se puso la horrible bata antes de salir al pasillo. La puerta estaba abierta y Nora lo esperaba sentada en el mirador a una mesa sobre la que humeaban dos tazones de chocolate. También había un gran trozo de tarta de nueces que le hizo la boca agua.

Se sentó a un gesto de la chica y tuvo que controlarse para no lanzarse como un lobo sobre el pastel. Se sentía como si hiciera días que no comía.

—Sírvete, anda —le ofreció. Se había quitado el turbante de la cabeza y su melena castaña estaba empezando a rizarse suavemente al secarse. Seguía vestida con la bata blanca, sin nada más. Tenía unos ojos brillantes e inquisitivos, de color cerveza—. Bueno, pues ya te he dicho que soy Nora. ¿Quién eres tú?

«Gran pregunta —pensó él—. Eso. ¿Quién soy yo?».

—Le va a parecer muy raro, Fraüleien Nora —dijo por fin, después de unos segundos en los que tragó saliva un par de veces—. No me acuerdo.

Ella no pareció demasiado sorprendida. Se inclinó un poco hacia él y preguntó:

—¿Desde lo del río o desde antes?

Al inclinarse, quedó a la vista un colgante de plata bailando tentadoramente sobre su escote: un búho, el símbolo de Minerva, la diosa de la sabiduría; y también el símbolo de algo profundo y secreto que ella no podía conocer. ¿O sí? ¿Quién sería aquella joven? ¿Hija o hermana de quién?

Le había hecho una pregunta curiosa. Interesante. Científica. Volvió a mirar el búho y decidió decir la verdad.

—Desde antes. Poco antes de lo del río me desperté en una casa en ruinas, por allí cerca, sin memoria de mí, ni de todo mi pasado.

—¿Sabes al menos dónde estamos?

Asintió vigorosamente. Hacía apenas un par de minutos que su cerebro le había suministrado la respuesta.

—Ingolstadt.

—¡Bien! A todo esto, come un poco primero. Perdona, es que soy de un curioso insoportable...

El chico le sirvió a Nora un trozo de pastel antes de servirse a sí mismo y, controlando su impaciencia, cortó un bocado con el filo del tenedor. Estaba delicioso. Si lo había hecho ella, era un excelente partido: guapa, valiente, y con buena mano para la cocina.

—¿Recuerdas adónde ibas cuando oíste gritar a la abuela de la niña?

—No iba a ninguna parte. Solo quería salir de la casa y tratar de ver dónde estaba.

—¿Qué es eso? —De golpe, Nora parecía asustada. Miraba fijamente un punto en el triángulo de pecho que las solapas del albornoz dejaban descubierto.

Él bajó la vista a donde ella indicaba y, sin pensarlo, se abrió las solapas para poder mirar lo que tanto le había impresionado a ella. A la altura del corazón, y en tres lugares más de su torso, varios costurones destacaban sobre su pecho pálido y lampiño, como heridas profundas cosidas apresuradamente con un bramante negro.

Pasó la yema de los dedos sobre las heridas, que aún no habían cicatrizado, pero tampoco parecían frescas. No sentía nada. Estaban como acartonadas. Al tocar la que tenía a la altura del ombligo se dio cuenta de que más abajo había otra, casi en la ingle.

Alzó la mirada hacia la joven, consciente de que era absolutamente indecoroso mostrarle de esa manera su cuerpo desnudo, pero sin poder evitarlo, como buscando la confirmación de que lo que estaba viendo y tocando era real.

Ella se levantó, se acercó y con un «¿me permites?» susurrado, pasó también los dedos sobre los costurones. Él sintió un escalofrío. Desde la muerte de su madre, a sus diez años, no había vuelto a tocarlo una mujer.

—Esto es increíble —dijo ella en voz muy baja—. ¿Te duele?